

GRANADINOS AUTORES DE UNA SOLA NOVELA o la aventura literaria de abogados, médicos, diplomáticos, artistas, militares...

FRANCISCO IZQUIERDO MARTÍNEZ

Aunque Granada, sorprendentemente, no tuvo ni tiene Academia de las Buenas Letras (*), sí ha gozado de presuntos numerarios en el arte de escribir, incluso de abundantes furtivos que realizaron incursiones desde otras academias en el campo sin acotar de la literatura. Es posible que la falta de esa Corporación Oficial de las Buenas Letras se deba a la falta de escritores codiciosos y de plumíferos de taller con horario laboral. O a la desgana penibética por cuanto huelva a solidario, a conjunción de intenciones y a donativo de la propia valía. Y nos referimos intencionadamente a todos los escritores, desde los que trabajaron el verso con presunción de inmortalidad hasta los que manosearon en solitario el mejor argumento teatral, pasando por los noveladores. Y de ellos tratamos.

Se ha dicho que el panorama de la novelística granadina, a lo largo de los siglos, es un inmenso baldío. En apariencia, nos encontramos ante ese yermo sin límites de la narrativa local y de ahí que nos preguntemos: ¿dónde están las obras o dónde están los autores, si es que los hubo? ¿Dónde ese escritor o esa novela definitiva, pieza maestra de una ficción literaria genuina? Es como si no preexistiera nuestra narrativa mas allá de Pedro Antonio de Alarcón o, en todo caso y con nuevo páramo de por medio, más allá de Francisco Ayala. Se afirma que es cuestión de sequía imaginativa, de la que resulta la negación fabuladora, y, según otra tesis, de repugnancia a novelar por causa de la abrumadora y tenaz epopeya arábigo granadina, lastre tropológico acumulado durante los pánfilos finales de los siglos XVII y XVIII. También se quiere justificar la posible ausencia de novela por la autojubilación anticipada del autor granadino ante obras de mayor

(*) Existió una mal llamada Academia Literaria de Granada, incluso alguna poetisa romántica llegó a titularse Académica Profesora de la de Bellas Letras de Granada, pero sólo era la sección literaria del Liceo, que también tuvo otra sección de ciencias, aulas donde los socios recibían clases de tales materias, impartidas por miembros competentes de la Sociedad.

empeño, rutinaria anquilosis que, dicen, reprime los impulsos ambiciosos de la creatividad local, incluso en todas las ramas del arte. Que no es problema de carencia imaginativa, ni de trauma histórico, ni siquiera de pereza escritora, lo demuestra la extensa nómina de autores en los que abunda la impenitencia fantasiosa, el desacato a la Historia, festoneado además por la sorna y el derroche de papel de tina.

Los ejemplos que confirman tal exuberancia son numerosos, desde el siglo XVI. Tuvimos un narrador soberano en este siglo, Diego Hurtado de Mendoza, padre putativo de *El Lazarillo de Tormes* durante trescientos años y, por lo mismo, patriarca de la novela picaresca, género que inaugura la narrativa española. Pero, hace cien años, los doctos de la crítica expropiaron a Hurtado de Mendoza su *Lazarillo*, internaron al de Tormes en la inclusa de los anónimos y despojaron a Granada de uno de los relatos clave de la literatura hispánica.

A pesar de ello, tenemos un caso inicial y concreto de intimidación narradora, en el que se encuentran los avíos señalados antes. Es *La verdadera historia del rey don Rodrigo, en la cual se trata la causa principal de la pérdida de España y la conquista que de ella hizo Miramamolín Almanzor, rey que fue del Africa y de las Arabias, compuesta por el sabio alcaide Abulcasim Tarif Abentarique, de nación árabe y natural de Arabia Pétreá, traducida de la lengua arábica por Miguel de Luna, vecino de Granada*". (Perdón por tantísimo título). El libro se publicó en 1592, imprenta de René Rabut, y tuvo una segunda parte, también de Tarif Abentarique, impresa en 1599 por Sebastián de Mena, talleres ambos de Granada. La obra es una flagrante invención que crea Historia Real, fidedigna y razonable, la utopía de la fábula, y ahí permaneció durante siglos engendrando testimonio. Es tal su poderosa ficción que Bermúdez de Pedraza y Rodrigo Caro juran que el manuscrito de Tarif Abentarique se halla en la biblioteca de El Escorial. En 1708 se publica en Francia una denuncia sobre la autenticidad del original, titulada *Cuestión curiosa: si la historia de las conquistas de España por los moros es una novela*, sospecha que asaltó igualmente a Jaime Bleda, lo que no impide que, en 1796, a dos siglos del timo, Faustino de Borbón, en sus *Cartas para ilustrar la historia de la España árabe*, concediera un crédito ciego a la *crónica* de Miguel de Luna. Y continúa lozana y acreedora hasta que don Ramón Menéndez y Pidal, al cabo de mil espulgos y rencores eruditos, desentraña el fraude y prueba que es una *auténtica novela*, trazada por el farsante Miguel de Luna que, además, dice, es pésimo escritor.

Tiene razón en que el granadino es un trápala, pues el morisco intérprete de Felipe II, aparte de la tomadura de pelo del *Abentarique*, fue uno de los amañadores, si no el primero, de la gran superchería del Sacromonte de Granada, con la desmadrada tramoya de los libros plúmbeos y de la expertización de cenizas apostólicas. Pero de mal escritor, nada. La *novela*, mejor la primera parte, descubre un narrador de buenos modales literarios, con *ingenio en el dulce y sabroso ejercicio de las letras*, como se piropea a sí mismo, y muy hábil en la trama de lo histórico-legendario con lo de propia cosecha, que es lo más, pues los textos que maneja para monumentalizar la ficción son bien escasos, toscos e indecisos: *Crónica sarracina*, de Pedro del Corral (hacia 1430); *Crónica general* de Alfonso el Sabio y la *Crónica gótica* de San Isidoro. *La verdadera historia del rey don*

Rodrigo, para el que les habla, cuaja el paradigma de la invención granadina, de la desfachatez historiográfica (...saqué a luz y resucité esta presente historia tan deseada de saber de nuestros españoles) y de la inflación descriptiva. Y lo más asombroso, crea escuela.

Ejemplo inmediato y eficaz es el de Ginés Pérez de Hita con su *Historia de los bandos de los zegríes y abencerrajes caballeros moros de Granada, de las Civiles guerras que hubo en ella...* reduzco el título, aunque debo añadir el crédito final: *Agora nuevamente sacada de un libro árábigo, cuyo autor de vista fue un moro llamado Aben Hamín, natural de Granada*. La crónica, no se tiene por novela hasta más tarde, se publicó en 1595, tres años después que la primera parte del *Abentarique*, de Miguel de Luna. Del libro se han hecho, al menos, ochenta ediciones en distintos idiomas y unas cincuenta sólo en el siglo XVII. Paula Blanchard-Demouge señala que, visto el éxito enorme del *Abentarique*, bien pudo usurpar Pérez de Hita a Miguel de Luna la idea de atribuir sus *guerras civiles* a un autor árabe. Lo que, por otro lado, era vieja artimaña de los escritores de libros de caballerías, quienes simulaban traducciones de textos orientales. Luego se abusa del truco hasta el hastío, como sucede con la réplica de François d'Abeil, intitulada *Vida del rey Almanzor*, atribuida al capitán Alí Abenzufán, para llegar, en el siglo XVIII, a *El Omar furioso*, parodia sandunguera del desaliñado, chirigotero, farsante y erudito Juan Velázquez de Echeverría, tan fulero como Miguel de Luna, aunque más divertido, como lo prueba la entelequia de la *Historia del Moro Alcayde de la fortaleza de la Alhambra, según un manuscrito antiquísimo hallado en la misma Alhambra*, donde se regodea con toda seriedad de la calumnia de Zulen Zegrí y Hazem Gomel sobre los amores de la reina Moraycela y Aben Zurrag. Bien, la *original* idea de largarle el muerto a un inexistente cronista árabe se la apropia, incluso, don Miguel de Cervantes con su Cidi Hamete Benegelí.

Entre esos siglos, los escritores granadinos expresen el tema a conciencia. En el XVII escorados hacia *El Abencerraje* (la Historia de Abindarráez y la hermosa Jarifa) o hacia el *Ozmín y Daraja* de Mateo Alemán. En el XVIII, ya descaradamente con efectos especiales de *moros y cristianos* (versos ripiosos, espingardas, charanga de trompetas y tambores, tapetes de mesa de camilla convertidos en turbantes y albornoces y vítores cristianos). Es el reto, muy particular, de la fantasía al funambulismo histórico, provocación que practican algunos poetas eventualmente convertidos en narradores vergonzantes, como ocurre con los doctores Arenas y Godínez. Arenas, médico, escribe *La rebelión de los moriscos* y, para no ser menos que sus antecesores, le endilga el manuscrito original a un fraile granadino que presencié los hechos. El doctor Felipe Godínez también escribe su *Buen moro, buen cristiano* desde la perspectiva anónima.

Ante ese aparato quimérico, uno se pregunta: ¿se puede hablar de negación narradora, de inexistencia de una rigurosa creación novelística, cuando esas obras tienen poco de común con lo que entendemos como relación histórica, o mejor, como refrito dramático de un hecho tradicional? No queremos exagerar, pero la apariencia o la ficción de tales *historias* es soberanamente mayor que la realidad testimonial, y justo ese supuesto o ese fingimiento, esa especie legendaria, la afirman como legítima narrativa. Y, para muestra, habría que mentar a Pedro Granada Benegas, a Pedro Morquello, a Alonso Pérez, a Pedro de Salazar y a

Manuel Pando, autores, entre otros, que supieron hilvanar la fábula con retales del mejor cuño histórico.

Tampoco hay la menor duda en que el juego era peligroso para el futuro de la novela granadina. Tanto, que la corrupción surge en los inicios del siglo XIX. Y no pretendemos culpar de la contaminación a un Walter Scott, ni a un Jean Pierre Clarís de Florián. Este individuo, es curioso, para avalar una denominación de origen, en vez de inventarse el autor moro, se saca de la manga un lugar de nacimiento indígena y va y asegura que nació en Cogollos de la Vega, cuando realmente vino al mundo en Sauve, en el Languedoc francés. Tampoco deseamos culpar a un Nicasio Alvarez de Cienfuegos, traductor del *Gonzalo de Córdoba*, del citado Florián, y padre legítimo de *La Zoraida*. Ni siquiera a François René de Chateaubriand, autor de *Las aventuras del último Abencerraje*. Todos ellos promotores de una pandemia que aquí encontró portavoces eficientes. Como Francisco Martínez de la Rosa con su desangelada *Isabel de Solís, reina de Granada*, novela parienta próxima en sosería del *Sancho de Saldaña*, de Espronceda, y de *El Doncel de don Enrique el Doliente*, de Larra. Para más inri, al romanticismo le surge un vecino de casta, pedestre y dicharachero, el costumbrismo. Aunque resulta que no es de tan limpia casta, pues tiene como padrastro al francés de Jouy. Pero esta moda también cuenta con promotores activos en nuestra tierra, como Nicolás de Roda y el mentor de todos ellos, José Vicente Alonso, gallego afincado junto al Darro y socio de la prole costumbrista de Estébanez Calderón, malagueño cuasi granadino, y de Mesonero Romanos. José Vicente Alonso, que apenas abandonó la poesía, es el autor del sainete trágico *Pancho y Mendrugo*, epopeya cuyos protagonistas son los vecinos de la Churra y El Mauror, moradores de los bajos de la Alhambra, y broma penibética del *Orestes* de Alfieri que, naturalmente, tuvo muchísimo más éxito que la versión de Solís estrenada en Granada por Máiquez. *Pancho y Mendrugo* dio lugar a la apografía titulada *El Cornejo o la parodia del Paoli*, con los mismos contendientes de la ribera del Darro, reducida a novela en 1832. Esta obrita, a mi modesto parecer, es el vademecum del relato corto granadino, malbaratado luego por nuestros escritores.

Aquella corrosiva creatividad de siglos anteriores, camuflada hábilmente en viruta histórica o legendaria, se cambia de improviso en cantinela heroica con mortaja novelesca o en chisme folclórico aliñado por el galimatías. La narrativa granadina pierde una de sus mejores virtudes, quizá la única, el desafío a la Historia y se enfanga en el ronroneo de la mediocridad, amparada por las publicaciones periódicas, fundamentalmente por las revistas. *La Alhambra* (1839-1841) es el vehículo inaugural de la narración breve de tema granadino o morisco. Le siguen *El Genil* (1842-1843) y *El Abencerraje* (1844), cabeceras de prensa que ya lo dicen todo. Dichas revistas y otras del XIX se limitan a repetir la fórmula cuentística nacida en las publicaciones de Madrid, como *El Artista* (1835-1836), *El Panorama* (1838) y *El Semanario Pintoresco Español* (1840), donde se comenzó a explotar mañosamente lo *del moro granadino* o, en su defecto, la historieta con rebabas orientales. Propuesta editorial rentable a corto plazo para los impresores de periódicos que, a su vez, publicaban libros y, en Granada, lo fueron Benavides, Sanz y Zamora, entre otros tipógrafos de menor envidia, los cuales, en la primera mitad del XIX, divulgan novelas cortas y relatos en colecciones

populares, a veces sin título genérico o de serie, como el repertorio de la librería-impresión de Sanz. Incluso se aventuran con autores foráneos y ediciones de fuste. De lo que resulta una cosecha de publicaciones, bajo las familias cuento, tradición, leyenda, episodio y cuadro de costumbres, tan copiosa como vulgar, salvo algunas excepciones, lo que condujo inexorablemente a las antologías, como la editada por José María Zamora, en 1857, con el título de *Tradiciones granadinas*, o la preparada y resumida por Francisco de Paula Villa-Real, en 1888, como *Libro de las tradiciones de Granada*, en la que figuran cien leyendas.

La insistencia en la narración de formato periodístico hace sospechar que los autores granadinos se rinden al gusto de los suscriptores o a la exigencia de los directores de dichas publicaciones. Sin descartar, por supuesto, aquella repugnancia a emprender obras de mayor empaque, señalada al comienzo de estas notas. ¿Y ahí queda toda su ambición literaria? ¿Es que no existe el novelista tal y como lo entendemos hoy? Naturalmente que existe, pero sin posibilidad de publicar o, al menos, con notorias dificultades para dar salida editorial a su obra. No hay mecanismo para un posible lanzamiento de tales libros, porque aún se descansa en el impresor o en el librero que no disponen de otra distribución que el reparto a colegas locales y, a lo sumo, a los libreros de la región, menguando de tal manera la difusión que las tiradas jamás superan los quinientos ejemplares y, por lo mismo, son un negocio deplorable. De ahí que nos sorprenda la osadía del impresor José María Zamora, editor de Manuel Fernández y González, el cual, en 1850, ofrece una red distribuidora que cubre ochenta puntos de venta, situados en lugares tan dispersos como Tuy, Calatayud, Chiclana y Toro, o como Manila, La Habana, Trinidad de Cuba y Santa Cruz de Tenerife. Bien, ¿por qué este impresor/librero, que se titula a sí mismo *editor*, acomete un repertorio lírico/dramático en el que promociona a granadinos como Mariano Pina, José Joaquín Soler, Enriqueta Lozano, José Giménez-Serrano, etc., y no crea una colección de novela para divulgar a esos mismos autores en su vertiente narrativa?

El autor granadino, si pretende publicar, ha de seguir una de estas tres direcciones: la conquista del Madrid/editorial o de la Barcelona/editorial, con todo lo que conlleva de trajín viajero, recomendaciones e, incluso, de *colaboración* financiera, aventura que, en el XIX, abocaba casi siempre en el fracaso; la segunda, publicación fragmentada en revistas que, además de fatigosa, dispersaba el impacto y anulaba el interés de la novela. Una narración de Gago y Palomo se ofreció por entregas de dos páginas durante dos años en *La Alhambra*, tercera época, la revista fundada y dirigida por Francisco de Paula Valladar. Y, por último, la edición del propio autor, es decir, correr con todo el costo de la impresión y todo el esfuerzo de distribución, lo que produjo un invento curioso y lamentable, la sospechosa "lista de señores suscriptores a este libro", incluida al final de la obra, que salvaba en parte la puja económica del escritor, pero declaraba el escaso número de lectores, si admitimos que todos los nominados, en general parientes y amigos, leían el libro y, aun así, jamás se consiguió la meta de los quinientos ejemplares.

En vista de ello, los escritores granadinos de la segunda mitad del XIX y comienzos del XX, eligieron la última fórmula, la edición del autor, la impresa con dinero propio y, por lo común, con grande dificultad. Efectivamente, quedaba

noticia de la presencia de un narrador, de un posible novelista, de un presunto genio de las letras, pero ahí terminaba su trayecto literario. Esa única salida, por penuria contante y narrante del escritor, es la que le convirtió en *autor de una sola novela*. Lo sorprendente es que ese *autor de una sola novela* nunca fue el narrador de vocación, el escribidor de oficio y beneficio, sino el maestro en otras disciplinas o en otros quehaceres que, sin apremios económicos, se edita la consabida única novela, quizá para demostrar sus cualidades narradoras o para exponer su bulliciosa imaginación fabuladora. Y eso ocurre con abogados, médicos, historiadores, diplomáticos, arqueólogos, etc., los cuales, normalmente, escriben libros de texto, material de enseñanza para sus respectivas escuelas y facultades, o componen trabajos de investigación, de ensayo, de crítica e, incluso, firman tratados de ciencias, derecho, medicina, historia y arte. El fenómeno es interesante por lo común y habría que analizarlo con detenimiento por lo que encierra de evasión de la rutina o de esquinazo al hábito cotidiano, eso que hoy llamamos *hobby*. Ellos son los furtivos que señalábamos al comienzo, hipotéticos numerarios de una inexistente Academia Granadina de las Buenas Letras, aunque muchos fueron reales miembros de número de las academias de jurisprudencia, medicina y bellas artes.

Si exceptuamos escritores con *caché* editorial, o sea, los que sacaban dinero de la pluma, cuyas obras se publicaban fuera de Granada, el caso de Ramón Ortega y Frías, Torcuato Tárrago y Juan de Ariza, engendradores copiosos de historias con marca Fernández y González y cuya base de lanzamiento fue Madrid, o como Francisco José Orellana, también de la cuadra de Fernández y González, por cierto era economista, cuyo resorte estuvo en Barcelona, o como Emilia Serrano, baronesa de Wilson, que se vale de los pies de imprenta de París y La Habana; y si nos olvidamos de Antonio Joaquín Afán de Ribera, que consigue editor en Málaga, o de doña Enriqueta Lozano Velázquez, sustituye su segundo apellido por el Vlchez de débito conyugal, prolífera, santurrona y mediocre escritora que se monta un complejo editorial apoyado en revistas, imprenta y beatas, el resto de los autores de una sola novela son personajes ajenos al gremio del cuento, literario naturalmente.

De éstos, los que más incurren en el envite narrativo son los abogados. Francisco Martínez de la Rosa, político que subió todos los escalones de la Administración y practicó el travestismo partidista, ganándose el sobrenombre de *Rosita la pastelera*, y poeta, dramaturgo, historiador y tantas vocaciones más, pero que sólo escribió una novela, *Doña Isabel de Solís, reina de Granada*, que ya recordamos anteriormente, fue doctor en derecho civil y catedrático de la Universidad de Granada. Angel Ganivet, pensador y ensayista, cónsul de la añoranza granadina, también autor de una novela en dos hermosos volúmenes, *La conquista del reino de Maya* y *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, siguió las carreras de leyes y de letras. Hasta Antonio Joaquín Afán de Ribera y González de Arévalo, cuya obra impresa es tan amplia como su nombre, cursó los estudios de derecho y filosofía. Y, en el concurso de abogados adictos a la narrativa figuran José Giménez-Serrano, con su novela *Amor de madre*; Juan de Dios Vico y Bravo, con *Ni rey ni roque*; Rafael Roldán Martínez, con *El hechizo de una criolla*; Mariano Sánchez de Enciso, con *El peor camino*; Matías Méndez Vellido, con *Prisca*; Francisco de

Paula Valladar, con *Ovidio*; Juan García Goyena, con *Alá es grande*; Angel del Arco Molinero, con dos novelitas, *Andrés y Juana la Violetera*; Nicolás de Roda, con *Las tres hermanas*; Mariano Pina, con *Un seductor de criadas*, y muchos otros de menor relumbrón profesional.

La nómina de doctores en medicina aficionados a la fabulación, aunque sólo dieran a luz una novela, es igualmente numerosa. Pero vamos a destacar, por notoriedad del nombre, a José de Castro y Serrano, autor de *La novela de Egipto*; a Rafael Gago y Palomo, que también era ingeniero, autor de *María*; a Antonio Campoy, con el relato *Intimidación*; y a Nicolás Paso y Delgado quien, para mayor abundancia, culminó los estudios de letras y derecho.

Entre los que, habiendo cursado filosofía y letras, practicaron la enseñanza o la investigación, y dispusieron de tiempo libre para ingeniar y redactar su única novela, que también pulularon, recordamos a los arabistas Francisco Javier Simonet, autor de *Camar*, y Leopoldo Equilaz Yanguas, autor de *El hadits de la princesa*; al bibliotecario Manuel de Góngora Ayustante, con el relato *La agonía de un sentimental*; al catedrático de historia Francisco de Paula Villa-Real, con *El libro de las tradiciones de Granada*; a José España Lledó, también catedrático, con *Páginas de mi cartera*, y a Raimundo Torres Blesa, profesor de magisterio, con *Mi rincón amado*. Es cierto que, entre estos licenciados, se da más el verso que la prosa, pero muchos cometieron el relapso venial de escribir un libro de ficción.

Y los periodistas acostumbrados a rellenar cuartillas sobre la marcha con asuntos y noticias perecederas, incluso hechos a la difícil química de la opinión, deciden escribir más largo y de cosecha imaginativa, pero no rebasan la única novela.

Así les ocurre a Joaquín Corral Almagro, autor de *Laurita, la mujer rubia*; a Constantino Ruiz Carnero, con *La Hoguera*; a Joaquín Corrales Ruiz, con *Redimida*; a Hamlet Gómez, seudónimo de Antonio Sánchez Ruiz, con *La pesahombres*, y a Fabián Vidal, seudónimo de Enrique Fajardo Fernández, con *Pasión*. La inclinación del periodista por la narrativa aún se mantiene y con buenos frutos.

Como la de los militares, de los que podríamos ofrecer múltiples ejemplos, pero nos limitamos a dos nombres significativos: José Joaquín Soler de la Fuente, considerado romántico en su tiempo, autor de dos libros, *Casos y cosas* y *Tradiciones granadinas*, y Rafael López Rienda, cronista de la guerra con Abd el Krim, autor igualmente de dos novelas, *Juan León* y *Aguilas de acero*. Y haríamos interminable y fatigosa la relación si trajéramos a cuento los sacerdotes, los funcionarios, los entonces maestros de escuela, algún marino mercante, algún impresor, el aristócrata y el zapatero de obra prima.

Lo peregrino, en esos autores, es el refrendo mayoritario y constante de las claves establecidas por Miguel de Luna: el atentado a la Historia o, en su defecto, la sorna cronística; los tics arabigogranadinos, o garambainas de marco incomparable, y una sola novela. Claves que, a comienzos del XIX, se inoculan el romanticismo, con todo el énfasis hético y patético en los personajes y todo el aparato estético del paisaje. Más tarde, las claves se hacen portadoras del virus de las costumbres típicas, y los patios y corralas pasan a ser campos de batalla; los vecinos, moros y cristianos de silla de anea, según lindes domésticas de los gremios, y las historietas pequeños argumentos de los cronicones clásicos. En esa

fecha, finales del XIX, se produce la aleación imposible de tales elementos con el realismo. Un bodrio creativo apasionante porque no renuncia a la ornamentación erudita, al empacho provinciano y a un cierto aroma de herrumbre doctrinal. Y lo positivo es que, debido a los guerrilleros de una sola novela, se ha mantenido durante siglos una esperanza de narrativa granadina, espera satisfecha en los últimos años con la obra cabal de autores jóvenes, libres, al fin, del trauma epiconasarita, de las coordinadas palurdas de la Penibética y de la apatía jactanciosa del entresuelo municipal.

De esos autores nuevos, además, solicitamos la fundación de la Academia de las Buenas Letras de Granada. Al menos, en homenaje a la olvidada literatura local que animaron y enamoriscaron tantos académicos de jurisprudencia, medicina, ciencias y bellas artes. Alguno de los cuales perteneció a la Real Academia Española.